



20 de abril de 1879

## **MEDITACION SOBRE LOS EVANGELIOS DE LA RESURRECCION**

Queridas hijas,

No os diré hoy más que una palabra sobre los evangelios de la Resurrección. Quisiera únicamente daros algunos consejos para que los meditéis con la mayor utilidad posible y saquéis ciertos sentimientos que me parecen deducirse sin duda ninguna. Aconsejaré a toda persona que medite estos evangelios, que se traslade en espíritu al lugar donde ocurre la escena, junto a los santos personajes que han asistido en ella, y que se arrodille cerca de este lugar, como si allí estuviese.

El primero de estos evangelios es el que nos cuenta la visita de las santas mujeres al sepulcro. Encuentran quitada la piedra. El cuerpo de Nuestro Señor ya no está en el sepulcro, sino que en su lugar dos ángeles resplandecientes responden a sus preguntas. Quedaos de rodillas junto al sepulcro. Mirad, contemplad, adorad, amad. Sobre todo, amad siempre.

Encuentro que el rasgo que más se desprende de los evangelios de la Resurrección es el ardor con el que cada uno de los santos personajes de los que se habla, rinden únicamente a Jesucristo, con tal ardor, con tal olvido de los hombres y de los ángeles, que nuestro Señor es solamente todo lo que buscan. Se lanzan hacia El con ardiente fe. ¡La fe! Pero si parecía que se había extinguido. Sin embargo, aunque escondida como un fulgor en el fondo del corazón de los Apóstoles, debía ser muy grande, puesto que no pueden prestar atención a los ángeles, aunque *la vista de los ángeles*, dice San Gregorio, *alegra generalmente el alma humana*, pero ellos no buscaban más que al Señor.

Mirad a Magdalena y a las santas mujeres: encuentran el sepulcro vacío, ven a los ángeles. No es eso lo que les preocupa: lo que les preocupa es únicamente nuestro Señor. Santa Magdalena se queda llorando. Nuestro Señor viene a consolarla.

Recordad que, si el alma no busca en todo más que a Jesucristo, si tiene gran deseo de encontrarlo en las criaturas, ya sea que camine o que se pare, ya sea cuando lo ha perdido o en el feliz momento en que lo encuentra, si busca siempre con ardor a Jesucristo, acaba por conseguirlo en un momento o en otro. *Vuestras lágrimas me han conmovido*, dice la Imitación. *vuestros suspiros, los deseos de vuestro corazón...*

La prueba había sido terrible. Pensad en la oscuridad del Calvario, en la angustia de la crucifixión. Pensad en el descendimiento, pensad en la tumba. ¡Pensad en esas pobres y santas

mujeres que venían para embalsamar con perfumes el cuerpo de un muerto! La divinidad permanecía unida a este cuerpo, pero estaba realmente muerto. Era un cuerpo, que ya no tenía vida, al que ellas venían a honrar. ¡En esta prueba lo buscan con tanto ardor, fidelidad, amor!

Considerar ahora el evangelio de San Pedro. Si permanecemos de rodillas cerca del sepulcro, veremos correr a él a los apóstoles. En cuanto les llegó la noticia, corren. Pero el que más ama corre más de prisa. San Juan, que es más joven, llega el primero. Sin embargo, no se atreve a entrar en el sepulcro. San Pedro entra: es la gran autoridad de la Iglesia, es el rey de la ciudad celestial después de nuestro Señor. Es él quien tiene las llaves, es él quien nos abrirá. Aunque viejo, corre con tanto amor, entra con tanta energía en el sepulcro, porque es él quien tiene que abrir y anunciar a los hombres los misterios de la muerte y de la vida de nuestro Señor, el que, una vez confirmado, debe confirmar a sus hermanos.

Es la ocasión de pedirle en esta hora, que venga a confirmarnos en la fe. La fe, la tenemos. Pero puede ser confirmada en una fe mayor, en un mayor espíritu de la Iglesia, en el espíritu del apostolado, en un amor de Jesucristo siempre más fuerte. Todas las gracias están en las manos de san Pedro. Recordadle a menudo, rezadle a menudo.

Arrodillaos también junto al lago de Genezareth, en el momento de esta pesca milagrosa, que tiene lugar más tarde, siguiendo el orden cronológico. Nuestro Señor pregunta a sus discípulos: *¿Muchachos, no tenéis pescados? Y ellos contestaron: Hemos trabajado toda la noche y no hemos pescado nada.* Ved la vida laboriosa que llevaban los apóstoles.

¡Qué vida tan pobre! Nuestro Señor les dice entonces: *Echad las redes a la derecha.* Las echaron y tuvieron esta pesca milagrosa, figura de la que hará después san Pedro, que es llamado *pescador de hombres.* San Juan dice a Pedro: *Es el Señor.* Fijaos como san Juan ha reconocido enseguida a su Maestro por ciertas luces que pertenecen a su ser de modelo de contemplativos. San Pedro con su ardor, con su energía, con lo que le lleva siempre a Jesucristo, no coge más que su túnica: se lanza al mar y ya está a los pies de nuestro Señor.

Aquí hay un misterio. Santa Juana de Chantal dice en alguna parte: *Hay personas que están siempre dando vueltas sobre sí mismas, que miran si su adorno está bien dispuesto, en vez de ir al encuentro del Esposo.* Hay muchas personas en la vida religiosa que examinan si han avanzado, si son santas, a qué grado han llegado, que se contemplan, que se miran en las aguas, que se fijan en la belleza que han adquirido. El alma que ama de verdad se lanza siempre hacia nuestro Señor, como San Pedro, que, a la palabra de san Juan, sólo se pone la túnica —*estaba desnudo*— y sin pensar que se presenta ante nuestro Señor de una manera poco conveniente, se precipita hacia él con ardor.

Venerad lo que hay en el corazón de san Pedro, esta contrición profunda y esta humildad, fundamento del amor. Pedro había amado siempre a nuestro Señor. Su sentimiento de contrición hacía este amor más tierno y vehemente. Qué consolación para las almas que en su pasado se reprochan una o varias faltas que han podido en gran manera desagradar a nuestro Señor; que no teman ir a Él, hay que hacer todo lo contrario; a imitación de Pedro: cuanto más miserable se siente, más se le perdona y más se lanza, con un ardor que nada detiene, para abrazar los pies del Señor antes que los otros.

Meditad así el Evangelio, de rodillas, poneos en el lugar donde ocurre la escena, mirando, adorando, contemplando. No tenéis que ver sólo al Señor, aunque es a Él a quien el alma debe dirigirse. Importa que miréis también los modelos que están entre Él y vosotras. Magdalena es

un modelo. San Juan es otro. San Pedro. Los discípulos de Emaús lo son también para los diferentes estados de vuestra alma. Aprenderéis de ellos a tener un gran fervor en los distintos misterios de la Resurrección, una gran fidelidad, un gran ardor para recibir el Espíritu Santo.

Esto es en efecto muy llamativo: es el día de Pentecostés cuando los Apóstoles debían recibir la plenitud del Espíritu Santo, y en los evangelios de la Resurrección nuestro Señor comienza por decirles: *Recibid el Espíritu Santo*. Hay diversas efusiones: nuestro Señor sopla sobre ellos. *Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados les serán perdonados. Como mi Padre me ha enviado, así os envío yo*

**Sacaré otra conclusión.** Hemos recibido el Espíritu Santo en la confirmación. ¡Pero tenemos necesidad de nuevas efusiones del Espíritu Santo! Cómo lo necesitamos para tener espíritu de apostolado, para caminar en la vida como Jesucristo, en medio de contradicciones, de persecuciones, de todo ese conjunto de circunstancias difíciles y dolorosas que constituyeron la vida de nuestro Señor: para imitarle pobre, humillado, contradicho, insultado a menudo, desconocido de los suyos, en un trabajo continuo, pues así es como nuestro Señor ha vivido.

Hace falta que recibamos al Espíritu Santo, y que tengamos empeño de estar en la vida como estuvo nuestro Señor. Es decir que, en lugar de soñar con una vida, en la que, amando a nuestro Señor, se tuviese la paz, la alegría, la satisfacción, en la ausencia de contradicciones y de penas, nos propusiésemos, por el contrario, en esta vida, la pobreza, el desprecio, las contradicciones, las penas, los sufrimientos, que han sido los compañeros continuos de nuestro Señor sobre la tierra. Necesitamos una gran efusión del Espíritu Santo en nosotras, primero para comprenderlo, luego para quererlo y finalmente para serle fieles.

Habría muchas cosas que decir sobre esto. Yo os voy a indicar algunas; pero si miráis los misterios de la Resurrección y consideráis lo que ha hecho cada uno de los apóstoles, creo que aprenderéis mucho para vuestra vida práctica y entraréis un poco en la vida resucitada.

Los maestros de la vida espiritual dicen que lo más perfecto en la vida de nuestro Señor, es la vida resucitada. Tener a este estado elevado por encima de los otros es muy difícil y, sin embargo, un poco de todos los estados de la vida de nuestro Señor deben grabarse en nuestra alma: mucho más, ciertamente, los estados de su vida terrena, puesto que nosotras estamos aun en la tierra. Un poco también de la vida resucitada, porque tendemos a la resurrección. Cuando recibimos a Jesucristo en nuestro corazón, es una carne resucitada la que se comunica a nuestra carne, es una carne gloriosa la que se coloca sobre nuestros labios para entrar en el interior de nuestro cuerpo.

Entrad en este espíritu de resurrección: espíritu más valiente, más fuerte, espíritu que pasa por encima de las dificultades y de las penas, que no las rechaza, que conoce su precio frente a la eternidad. Que las toma diferentemente a como no se las toma, cuando se las ve con el sentido del tiempo. Con el sentido del tiempo, las contradicciones, los sufrimientos, las penas, parece que son un obstáculo. Pero mirándolas con el sentido de la eternidad, son medios de perfección. Son los golpes de martillo y de cincel, con los que la imagen de nuestro Señor Jesucristo, que debe formarse en nosotras, se imprime y se graba en nuestro corazón.